

Rituales. Ana Teresa Barboza

“Rituales” son los mapas que nos guían entre plantas, piedras y pigmentos. Una extensa cordillera de colores superpuestos que identifican cada estrato con los recorridos hechos por Ana Teresa Barboza en Laguarres (Huesca). La artista peruana se adentra en un nuevo paisaje, a miles de kilómetros de las lanas, tintes y juncos de su lugar de origen o de herencias textiles como las de la cultura Paracas, para vivir entre nuevas especies vegetales, cuadros estratigráficos y mapas geológicos y de la flora oscense. Un camino de estudio y experimentación –a veces también de introspección– por el río Isábena, que nace en la cordillera de Los Pirineos y discurre por toda la provincia de Huesca, en el que plantas como la mimbrera púrpura, la olivarda, la viborera, el quejigo, el álamo negro y rocas como el conglomerado le permiten conocer e interiorizar el lugar que transcurre para realizar un registro del territorio y sus propiedades a través de las técnicas del bordado y del tejido.

Lejos del estudio científico, Barboza recorre todos los elementos naturales desde una observación detenida. Se introduce en piedras, montañas y ríos para acceder a lo ritual simbólico que esconden sus historias y late en el tiempo cíclico del que emanan relaciones entre animales, minerales y vegetales; En la tierra, el mineral es absorbido por las plantas, que luego son alimento del animal; el pelaje del animal es utilizado para hacer hilados, que luego son teñidos con plantas y minerales; y todos regresan a la tierra al cumplir su ciclo; Las rocas sedimentarias, que proceden de las erosiones generadas durante la formación del Pirineo, y que han adquirido la forma de cantos rodados al ser transportados a través del agua, por el que también discurren minerales como sílice, magnetita y carbonato de calcio, que a su vez conformarán conchas y esqueletos, también participan de este movimiento y tiempo cíclico al que Barboza suma su práctica artística. El ritmo pausado de sus movimientos al tejer la urdimbre de cáñamo es un gesto que se repite una y otra vez, entre hilos de algodón y pigmentos naturales en un movimiento orgánico, como la propia práctica textil, que vuelve a nuestra contemporaneidad desde la antigüedad.

Todo su trabajo anterior se conecta con la técnica del tejido y otras técnicas artesanales tradicionales para transmitir al espectador una observación meditativa y poderosa sobre todo aquello que le rodea. Con ella genera una nueva forma de mirar a la naturaleza desde el registro de las plantas, la tierra, e incluso el poder simbólico y ritual del agua. Crea vínculos con el entorno que recorre para reflexionar sobre la transformación de la naturaleza y la relación o contacto de los humanos con ella. Así, “Rituales” abre vínculos y caminos a nuevos mitos a través del bordado de plantas como el gordolobo, el nogal o el diente de león, elegidas todas ellas por sus usos en rituales mágicos para espantar a los males, por sus propiedades medicinales o sus beneficios sobre el cuerpo.

Muchas de estas plantas están desapareciendo por la degradación de sus hábitats, la presión demográfica y empobrecimiento de la diversidad genética. Con su ausencia perderíamos todas las propiedades que contienen, ya que al ser generalmente especies de rápido crecimiento, como el álamo negro, permiten generar paisajes agrícolas que ayudan a mitigar la contaminación, regular el microclima y mejorar la biodiversidad del lugar. Plantas como el álamo que contiene salicina y taninos son utilizadas como curtientes, analgésicos y antipiréticos, y en muchas culturas a lo largo de la historia se les han atribuido propiedades curativas y místicas, usándose sus ramas flexibles para espantar a malos espíritus. Esta creencia japonesa se daba en los templos Shinto, donde se llevaban a cabo ceremonias en las que se azotaba el aire con ellas para espantar a los *oni*. Otras como el gordolobo, con hojas capaces de curar heridas, quemaduras, picaduras de insectos y cuyo uso se

remonta a la Edad Media, momento en el que se creía que sus propiedades mágicas eran capaces de repeler encantamientos, protegerse de los hechizos y de los hombres lobo. El nogal de cultivo milenario está relacionado con la brujería en algunas partes de la península y posee propiedades antioxidantes y antiinflamatorias y también contiene proteínas beneficiosas para el sistema cardiovascular. O el ajeno, simbólicamente asociado al arrepentimiento, eficaz contra el mal de ojo, y contra enfermedades y males de carácter metafísico.

La artista crea bordados de gran tamaño con estas especies, con tejido de cáñamo y urdimbre de algodón, para devolverles lo ritual simbólico a través de su práctica artística, e impedir la *desaparición* de las propias plantas y del conocimiento local a partir de las leyendas que construyeron parte de su historia. Tanto su registro –la tintura de la planta sobre la fibra, que muestra en forma de leyenda que recoge especies y sus colores en una de las obras: cardo corredor, retama loca, corcoja, barro de río...– como las descripciones de los lugares donde crecen, nos narran de alguna manera cómo estas especies están siendo olvidadas y Barboza establece una relación entre este olvido y el propio tejido que utiliza en sus obras –la fibra de cáñamo, reemplazada en la actualidad por las fibras sintéticas–. El cáñamo se considera el textil de origen vegetal más largo, suave y resistente; sin embargo, en la actualidad muy pocos lo trabajan de forma manual pese a ser una fibra que requiere menos productos químicos y pesticidas durante su procesado. Con ello, la artista no solo pone en valor técnicas ancestrales, sino que su trabajo y su acción tienen la particularidad de engendrar –a diferencia de lo que ocurre con otras propuestas artísticas que están proliferando a nivel global y que se valen de la utilización del textil– un tejido social que involucra prácticas de diversas comunidades y en el que prima el cuidado, el respeto, la responsabilidad y el compromiso con los recursos naturales.

Uno de los textiles en la exposición representa los distintos elementos geológicos de las formaciones rocosas que afloran en la superficie de Huesca tejidos en un mapa. Una piel pedregosa, sensible en manos de la artista, para quien “el textil tiene características que se asemejan a la piel, se puede plegar, se puede cortar, hilvanar, coser, rasgar. Cualidades que hacen posible identificar tu cuerpo con ese otro cuerpo que es como una segunda piel. Esa primera aproximación al textil a través del cuerpo me permitió luego cruzar por distintos intereses que he tenido en mi práctica artística y que están totalmente relacionados a mis experiencias de vida. La versatilidad del tejido y los muchos conocimientos que hay en él, hace posible entablar relaciones entre experiencias personales y un tejido que es inherente en toda la naturaleza.”

Y concluye: “Los textiles presentados son un registro del tiempo y la información que recojo sobre distintas especies vegetales y minerales, como una manera de entender las relaciones y ritmos que se tejen en ese nuevo entorno. Entre la obtención de los tintes, el trabajo de bordado y las tramas del tejido, mi cuerpo trata de incorporar un nuevo tiempo al ritmo de los ciclos naturales. Los textiles no solo dejan constancia de rituales de movimientos de un cuerpo sino que además nos muestran imágenes que intentan develar la continuidad y las relaciones entre lo animal, lo vegetal y lo mineral. La fibra del animal absorbe los tintes de las plantas, casi de la misma forma que las plantas absorben los minerales de la tierra. El nuevo color que le doy a las fibras con la esencia de especies que parecen estar siendo olvidadas, son presentadas casi como muestrarios, a la espera de ser nuevamente observadas y fijar en ellas nuevos significados. La práctica del tejido y la urgente observación de un entorno me permite crear nuevos vínculos entre la solidez de las piedras y la fragilidad de las plantas. La adaptación fluye cuando mi cuerpo empieza a incorporar caminos, árboles y temperaturas. Mediante el textil, la adversidad [de un paisaje desconocido] se vuelve dócil”.

(Yaiza González y Pedro Gallego de Lerma)